

á aquellos antiguos mariscales de la liga, en cuyas manos habia colocado la revolucion el baston de mando y que mirándose como bastardos, trataban de hacerse legítimar, pero hé aqui que de repente os abrazais todos y os proclamais mutuamente padres de la patria, diciendo á la nacion: Fíad en nosotros. Somos unos Cincinatos, unos Washington, unos Aristides! ¿Qué version hemos de seguir de estas dos? ¡Pueblo imbécil! Los parisienses se parecen mucho á aquellos atenienses á quienes Demóstenes decia: ¿Sereis siempre como esos atletas que heridos en una parte de su cuerpo ponen la mano sobre el sitio en que han sido heridos y ocupados en esta tarea inútil no saben ni herir ni defenderse? Ya empiezan á temer que Luis XVI puede muy bien ser un perjuro, supuesto que se ha escapado, y ya me parece tambien verles por esas calles con ojos despavoridos, cuando sepan que La Fayette ha abierto las puertas de la capital á la aristocracia y al despotismo. Ojalá me engañe en mis conjeturas, porque á salir ciertas me ausento de Paris como se ausentó mi tocayo Camilo de una patria ingrata, deseándola mil prosperidades. Yo no necesito haber sido emperador como Diocleciano, para saber que las hermosas lechugas de Salerno valen mas que el imperio de Oriente, que la faja con que se adorna un municipal, y sobre todo que son preferibles á las inquietudes diarias con que vuelve á su casa por la noche un periodista jacobino, que siempre teme caer en manos de esos *valentones* de que dispone el general del Caballo blanco. En cuanto á mí, no he tomado de los primeros la escarapela tricolor para venir á parar en un gobierno de dos cámaras.»

X.

Tal era el language general de la imprenta y el de este moderno Aristófanes de un pueblo irritado, al que

acostumbraba á burlarse de la magestad, de la belleza y de la desgracia. Un dia llegó en que necesitó para sí y para la hermosa jóven á quien adoraba, de aquella misma compasion que él habia desterrado del corazon del pueblo; pero no halló otra cosa que una risa brutal de la multitud, que le hizo entristecerse por primera vez al tiempo de ir á entregar su cuello al verdugo.

El pueblo, cuya politica es enteramente sentimental, no podia comprender los pensamientos de los hombres de Estado de la Asamblea, que trataban de imponerle un rey fugitivo por respeto á un trono que ya no existia de hecho. La moderacion de Barnave y de los Lameth le parecia una complicidad, y el grito de traicion se oia en todas las reuniones populares. El decreto de la Asamblea fué la señal de una fermentacion, que se descubria ya desde el 13 de julio entre los grupos, al oir sus imprecaciones y amenazas. Grandes masas de jornaleros que habian sido despachados de los talleres, corrian las calles y plazas públicas pidiendo pan á la municipalidad. Esta para que se sosegasen, acordó que se les diese algun socorro, y Bailly, corregidor de Paris, les arengó y mandó empezar, para darlos ocupacion, obras de que no habia necesidad en el momento. Fueron á trabajar, pero muy pronto dejaron el trabajo, y corrieron á engrosar los grupos de los que andaban gritando por las calles, que se morian de hambre.

Esta multitud iba continuamente desde la casa de la ciudad á los Jacobinos, y de alli á la Asamblea nacional pidiendo la república, sin otro gefe que la dirigiese que su misma agitacion. Un instinto espontáneo y unánime la decia que la Asamblea dejaba pasar el momento de adoptar grandes resoluciones, y por eso queria forzarla á que lo aprovechase. Su voluntad era mas poderosa por ser anónima y por no estar dirigida por ningun gefe, al menos conocido, que la impulsase á obrar. Marchaba por sí sola, y por sí sola escribia en las calles y plazas cien

peticiones amenazadoras. La primera que el pueblo presentó á la Asamblea el 14 fué apoyada por cuatro mil peticionarios, y estaba firmada: *El pueblo*. El 14 de julio y el 6 de octubre le habian enseñado cual era su verdadero nombre. Impávida y firme la Asamblea, pasó á la órden del dia sin hacer caso de semejante peticion.

La turba, al salir de la Asamblea, se dirigió al Campo de Marte, en donde firmó otra peticion en términos mas imperantes: «Mandatarios de un pueblo libre, decia, ¿quereis destruir la obra que nosotros hemos hecho? ¿Quereis sustituir al de la libertad el reinado de la tiranía? Sabed, si así lo hiciéseis, que el pueblo francés que ha conquistado sus derechos, no quiere volverlos á perder.» Al abandonar el Campo de Marte se dirigió el pueblo amotinado á las Tullerías, á la Asamblea y al Palacio Real, mandando por su propia autoridad, que se cerrasen los teatros y se suspendiesen todas las demas diversiones públicas hasta que se le hubiese hecho justicia. Por la noche mas de cuatro mil personas acudieron á los Jacobinos, como si quisiesen manifestar que en los alborotadores que allí se reunian reconocian la verdadera asamblea del pueblo. Todos los gefes en quien tenia depositada su confianza se hallaban allí presentes, y en el momento en que llegó allí aquella turba se hallaba ocupada la tribuna por un miembro del club que denunciaba á otro ciudadano por haber hablado mal de Robespierre. El acusado se justifica, pero se le arroja violentamente de aquel recinto. Preséntase entonces Robespierre y pide la gracia de aquel hombre que le habia insultado, recibiendo millares de aplausos por aquella generosidad fingida ó verdadera. El entusiasmo que escitaba entonces Robespierre no podia ser mayor. «¡Bóvedas sagradas de los Jacobinos, decia una alocucion dirigida á los departamentos, vosotros nos respondeis de Robespierre y de Danton, de esos dos oráculos del patriotismo!» Laclós

propuso que se redactase una alocucion, y que se enviase á los departamentos firmada por diez mil hombres libres. Otro miembro del club se opuso á ello deseoso del órden y de la paz. Danton se levanta entonees y le dice: «Tambien yo quiero la paz; pero nunca la que procede de la esclavitud. Si verdaderamente tenemos energia demostrémoslo, y todos los que no se sientan con valor suficiente para levantar su frente ante la tiranía, quedan dispensados de firmar nuestra peticion. Para conocernos mutuamente no hay necesidad de otra prueba mejor.»

Robespierre habló despues y demostró al pueblo que Barnave y los Lameth estaban haciendo el mismo papel que habia hecho Mirabeau. «¡Están de acuerdo con nuestros enemigos y se atreven á apellidarnos facciosos!» Mas tímido que Laclós y que Danton no apoyó la peticion, porque siendo hombre de cálculo mas que de pasión, preveia que un movimiento desordenado se estrellaria contra la resistencia organizada de las clases acomodada y media.

Reservábase este hombre extraordinario una retirada en la legalidad, y guardaba cierta circunspeccion con la Asamblea. Laclós insistió, venció el pueblo y á media noche se deshizo la reunion, conviniendo en que al dia siguiente se firmaria la peticion en el campo de Marte.

Aquel dia, sin embargo, se pasó en contestaciones entre los clubs, sobre los términos en que habia de redactarse la peticion. Los republicanos negociaban con La Fayette, á quien ofrecian la presidencia de una república americana. Robespierre y Danton, que detestaban á La Fayette, y Laclós, que trabajaba por cuenta del duque de Orleans, contuvieron de comun acuerdo el impulso dado por los franciscanos, sujetos enteramente á Danton. Atenta la Asamblea al peligro, vigilante Bailly, y La Fayette resuelto, pudieron contener el movimiento. La Asamblea hizo comparecer en la barra el 16 al ayuntamiento y á los ministros para que la respondiesen de la

tranquilidad pública, redactando al mismo tiempo una alocucion á los franceses, escitándoles á unirse todos bajo la bandera constitucional. Bailly mandó publicar por la noche un bando contra los agitadores, y los jacobinos indecisos se sometieron á los decretos de la Asamblea. Los gefes del movimiento proyectado se escondieron en el momento crítico del combate, y se pasó toda la noche en preparativos militares contra las reuniones que se temian al dia siguiente.

XI.

El 17 muy de mañana empezó el pueblo á acudir al Campo de Marte, aunque sin gefes, rodeando el altar de la patria, levantado en medio de la gran plaza de la Confederacion. Una casualidad funesta inauguró los asesinatos de aquel dia. Cuando la multitud está sublevada cualquier cosa, por insignificante que sea, la induce á cometer crímenes. Un pintor jóven, que estaba copiando desde el amanecer las inscripciones patrióticas grabadas en las cuatro caras del altar, oyó ruido bajo sus pies. Miró por curiosidad hácia el sitio de donde salia, y quedó asombrado al ver unos hombres que con una barrena estaban taladrando los escalones del tablado en donde estaba colocado el altar. El jóven fué á dar aviso de esta novedad al primer cuerpo de guardia; acuden inmediatamente unos cuantos soldados de aquel, levantan los escalones y se hallan con dos inválidos que se habían metido por la noche debajo del altar sin otro objeto, segun ellos mismos dijeron, que una curiosidad obscena y pueril. Espárcese en seguida el rumor de que han querido minar el altar de la patria para hacer saltar al pueblo en la explosion; que se ha hallado un barril de pólvora al lado de los conspiradores, y que estos son unos inválidos

conocidos por aristócratas furiosos, á quienes se ha sorprendido *in fraganti*. Añádese que los supuestos criminales no tan solo han confesado su fatal intento, sino que han declarado la cantidad que debian percibir en premio de su maldad. La turba popular llena de ira, rodea el cuerpo de guardia donde se ha interrogado á los inválidos, y en cuanto salen de allí para ser trasladados á la casa de la ciudad se echa sobre ellos, los arranca de manos de los soldados que los conducian, y despues de cortarles las cabezas las coloca en las puntas de unas picas y las pasea por todo París, hasta las inmediaciones del Palacio Real.

XII.

La noticia de estos asesinatos, comentada de mil distintos modos, se esparce por toda la ciudad y llega á oídos de la Asamblea, y en los diferentes puntos en donde se habla de este lance, escita sentimientos de odio ó de terror, segun el modo de pensar de cada uno. La verdad no pudo saberse hasta mucho despues, y la agitacion aumenta la indignacion de los unos y las sospechas de los otros. Avisado Bailly de lo ocurrido, envió un batallon y tres comisionados al campo de Marte. Otros comisionados del ayuntamiento recorrieron los barrios de la capital, leyendo al pueblo la proclama de sus magistrados y la alocucion de la Asamblea nacional.

El terreno de la Bastilla estaba ocupado por la guardia nacional y por las sociedades patrióticas que debian trasladarse desde allí al campo de Marte. Danton, Camilo Desmoulins, Freron, Brissot y los principales agitadores del pueblo habian desaparecido, segun unos, para arreglar el plan de la insurreccion en casa de Legendre, segun otros, por declinar la responsabilidad que podia caer sobre ellos en semejante dia. Mas tarde se valió

Robespierre de la primera version para desahogar su odio contra Danton, á quien Saint-Just dijo en el acta de acusacion: «Mirabeau que meditaba un cambio de dinastía conoció lo que valia tu audacia, y se aprovechó de ella. Tú te separaste de las leyes y abandonaste sus principios severos sin que se volviese á oír hablar de tí hasta los asesinatos del campo de Marte. Tú apoyaste aquella falsa medida del pueblo y la proposición de aquella ley que no era mas que un pretexto para desplegar la bandera encarnada y ensayar la tiranía. Los patriotas que no estaban iniciados en el complot, habian combatido tu pérfida opinion, y tú fuiste nombrado, en union de Brissot, para redactar la peticion. Los dos os escapásteis del furor de La Fayette, que hizo asesinar aquel dia diez mil patriotas. Brissot permaneció tranquilo en Paris, y tú fuiste á pasar una temporada divertida en Arcis, á pesar de ser uno de los autores de la peticion, en tanto que los que la habian firmado estaban cargados de cadenas ó habian sido degollados. Dedúcese de esto que la tiranía os estaba reconocida á Brissot y á tí, puesto que no érais para ella objetos de odio.»

Camilo Desmoulins justifica tambien la ausencia de Danton, la de Freron y la suya, contando que Danton habia huido de la proscripcion y del asesinato, y se habia refugiado la noche anterior en casa de su suegro en Fontenay, donde estaba cercado por una nube de espías de La Fayette; que Freron al pasar por el Puente nuevo se habia visto asaltado, arrojado al suelo y pisoteado por catorce bandidos pagados al intento, y que el mismo Camilo, á quien tambien debian asesinar, se habia salvado porque no habian dado bien sus señas á los asesinos. La historia no ha creído estos pretendidos asesinatos mandados por La Fayette, y Camilo, invisible de dia, compareció por la noche en los Jacobinos.

XIII.

Empezaba entre tanto la afluencia del gentio por todas las avenidas del campo de Marte, y aunque se veía una gran agitacion entre aquella multitud inmensa, notábase tambien que era inofensiva. La Fayette habia puesto todos los batallones de la guardia nacional sobre las armas; y uno de los destacamentos que habia llegado por la mañana al Campo de Marte acompañado de unas cuantas piezas de artillería, se retiraba por los malecones. No se queria provocar al pueblo haciendo inútil ostentacion de la fuerza armada. A medio dia los hombres que estaban reunidos alrededor del altar de la patria, viendo que no comparecian los comisionados de los Jacobinos que habian prometido llevar allí la peticion para que la firmase el pueblo, nombraron cuatro comisionados elegidos entre ellos para que redactasen otra. Uno de estos comisionados se puso á redactarla y todo el mundo le rodeó. He aquí lo mas notable de aquella nueva peticion. «Sobre el altar de la patria el 15 de julio del año III. ¡Representantes de la nacion! Tocais ya al término de vuestros trabajos: se está cometiendo un gran crimen; Luis huye abandonando indignamente su puesto, por cuya causa el imperio se halla muy espuesto á caer en la anarquía. Es detenido y conducido á Paris, donde se pide que sea juzgado. Vosotros declarais sin embargo, que continuará siendo rey.... Este no es el voto del pueblo, y el decreto es nulo. Este decreto os lo han arrancado esos doscientos noventa y dos aristócratas, que habian declarado ya anteriormente que no querian tener voto ni mezclarse en nada de cuanto tratase la Asamblea nacional. La nulidad del decreto consiste en que es contrario al voto del pueblo, que es vuestro soberano: ¡Revocadle! El rey ha abdicado por su crimen, re-

cibid su abdicacion, convocad un nuevo poder constituyente, señalad el culpado y organizad otro poder ejecutivo.»

Esta peticion se colocó sobre el altar de la patria, y en los cuatro ángulos de este, se veian una porcion de cuadernillos de papel, en los que se estamparon seis mil firmas.

Consérvase aun hoy día en el archivo del ayuntamiento esta peticion, en la cual se descubre á las claras la mano del pueblo. Puede decirse que es la medalla de la revolucion, acuñada con el metal derretido de la agitacion popular. Véense en toda ella multitud de nombres sinistros que salen por primera vez de la oscuridad. Estos nombres son una especie de geroglíficos del tiempo. Los actos de ciertos hombres hoy famosos y cuyos nombres eran entonces enteramente insignificantes, dan á sus firmas un significado retrospectivo. La vista observa con curiosidad aquellos caractéres, que parece contienen el misterio de una vida entera y el horror de toda una época. Aquí se ve la firma de Chaumette, *entonces estudiante de medicina, habitante en la calle de Mazarino, núm. 9.* Allí está la de Maillard director de los asesinatos de setiembre; mas lejos la de Hebert, y por debajo de esta la de Henriot general del terror. Mas adelante está la firma estrecha y prolongada de Hebert, titulado despues el *Padre Duchesne ó el pueblo iracundo*, firma que tiene la figura de una araña que estiendo las patas para hacer presa; mucho mas abajo está la de Santerre, el último entre todos los nombres célebres de la revolucion, bajo uno ú otro aspecto. Las firmas restantes no significan mas que la multitud, y en muchas de ellas se distingue que la mano temblaba al escribirlas, bien por efecto del gran desórden que allí reinaba, ó tal vez por una convulsion producida por la ira del momento. Muchas de aquellas manos no sabian escribir, y manifestaron su voluntad anónima formando sobre el papel una

especie de círculo y en el centro de este una cruz. Tambien hay varios nombres de mugeres, y otras varias firmas que se conoce ser de niños, á quienes les han llevado la mano para hacerlas. ¡Pobres inocentes que confesaban la fé de sus padres sin comprenderla, y que firmaban las pasiones del pueblo antes de saber hablar claro la lengua de los hombres!

XIV.

El ayuntamiento no habia sabido hasta las dos de la tarde los asesinatos cometidos en el campo de Marte y los insultos que se habian prodigado á la guardia nacional enviada allí para disipar la reunion. Al mismo La Fayette, que iba guiando una de las primeras columnas que se presentaron, le habian alcanzado algunas pedradas salidas del seno de aquella multitud. Tambien se dijo entonces que un hombre vestido de guardia nacional le habia tirado un pistoletazo, que la escolta del general se habia apoderado de este hombre y se lo habia presentado, y que él le habia perdonado generosamente soltándole en seguida. Este rumor popular aumentó el entusiasmo que por La Fayette tenia la guardia nacional, que con este hecho que tantos visos tenia de heróico, creyó tener á su cabeza uno de los famosos héroes de la edad media. Al oír esto Bailly no vaciló en proclamar la ley marcial, desplegando en seguida la bandera encarnada, última razon contra la sedicion. Alarmados los sediciosos por su parte á la vista de aquella bandera colocada en las ventanas de la casa de la ciudad, enviaron allí doce comisionados de su seno. Estos comisionados llegaron á la sala de la audiencia atravesando un bosque de bayonetas, y pidieron que se les entregasen tres ciudadanos que habia allí presos. No se les escuchó porque ya se habia de-

cidido batirlos. El corregidor y el cuerpo municipal, profiriendo palabras amenazadoras, bajan á la plaza, que estaba cubierta de guardias nacionales y de un sin número de habitantes de París. Al aspecto de Bailly precedido de la bandera encarnada, un grito unánime de entusiasmo sale de todas partes. Los guardias nacionales levantan espontáneamente sus armas, y golpean el suelo con las culatas de sus fusiles. Electrizada la fuerza pública por la indignacion contra los clubs, sufría uno de esos estremecimientos nerviosos que atacan á las corporaciones lo mismo que á los individuos. El espíritu público estaba en fermentacion y el golpe podia partir de un momento á otro.

La Fayette, Bailly y el cuerpo municipal se pusieron inmediatamente en marcha precedidos de la bandera encarnada y seguidos de diez mil hombres de la guardia nacional. Los batallones de granaderos de este ejército de ciudadanos iban de vanguardia. Estos batallones recibían sueldo como los demas del ejército. Un pueblo inmenso seguía, por un movimiento natural, aque la corriente de bayonetas que se dirigía lentamente hácia el Campo de Marte, por los malecones y por la calle de Gros-Caillou. En tanto que se efectuaba esta marcha, la otra parte de pueblo, reunida desde por la mañana al lado del altar de la patria, continuaba firmando pacíficamente la peticion. No se les habia ocultado á estos hombres que se haría una ostentacion de fuerzas para imponerles, pero nunca habian llegado á figurarse que estas fuerzas pudiesen hacer uso de sus armas contra unos ciudadanos indefensos. Su actitud tranquila y legal, unidas á la impunidad en que habian quedado cuantas sediciones se habian promovido por espacio de dos años, les hacia creer con fundamento que aquella impunidad seria eterna. En la bandera encarnada no veían sino una ley mas que despreciar. En cuanto llegó La Fayette al glasis posterior del Campo de Marte, dividió su fuerza en tres co-

lumnas. La primera desembocó por la avenida de la Escuela militar, y las otras dos por las dos calles que cortan el glasis, á corta distancia una de otra, desde la Escuela militar al Sena. Bailly, La Fayette y el cuerpo municipal iban á la cabeza de la columna del centro, en donde tambien iba la bandera encarnada. Cuatrocientos tambores, tocando paso de ataque, y el ruido que hacían una porción de cañones, anunciaban desde bien lejos que se aproximaba el ejército nacional. Este ruido sofocó por un momento el que producian las voces de cincuenta mil personas entre hombres, mugeres y niños, que ocupaban el campo de Marte y las alturitas inmediatas. En el momento en que Bailly desembocaba en el glasis, los hombres del pueblo que dominaban desde donde estaban colocados al corregidor y á toda la fuerza que le acompañaba, prorumpieron en gritos desesperados y en amenazas ademanas contra la guardia nacional. «¡Abajo la bandera encarnada! ¡Oprobio á Bailly! ¡Muera La Fayette!» El pueblo que estaba dentro del Campo de Marte respondió unánimemente á estos gritos con otros semejantes. A estas voces siguió una lluvia de terronazos, de los que algunos alcanzaron al caballo de La Fayette, á la bandera encarnada y al mismo Bailly. Se ha dicho tambien que se les dispararon desde lejos algunos pistoletazos, pero esto nunca ha podido probarse. El pueblo no trataba de batirse, lo único que queria era intimidar. Bailly mandó hacer las tres intimaciones legales, á las que respondió el pueblo con estrepitosos silbidos. Con la impasible dignidad de la magistratura, Bailly dió orden de dispersar al pueblo por la fuerza. La Fayette mandó al principio que los soldados disparasen al aire, pero el pueblo, envalentonado al ver que aquellas descargas no harian á nadie, se agrupó delante de la guardia nacional para insultarla, y entonces un fuego mortífero, roto á un mismo tiempo en toda la línea, mató, hirió ó derribó unos seiscientos hombres, aunque los republicanos dijeron que

habian sido diez mil. Al punto entró la confusion en la multitud y la caballeria dió una carga, preparándose tambien los artilleros á hacer fuego sobre aquellas grandes masas. Si desgraciadamente se hubiese llevado á cabo esta intencion, la metralla hubiera hecho una horrorosa carniceria. No pudiendo La Fayette hacerse oír de los artilleros irritados, espoleó á su caballo y fué á colocarse á la boca de uno de los cañones, salvando con este movimiento heróico á millares de victimas.

En un instante quedó desierto el campo de Marte, y solo se veian en él los cadáveres de las mugeres y de los niños mezclados con los de los hombres, y algunos que otros huyendo aturdidos de la caballeria. Hubo, sin embargo, unos cuantos patriotas, mas intrépidos que los demas, que á pesar de aquel fuego horroroso permanecieron en los escalones por donde se subia al altar de la patria, repartiendo para salvarlos los cuadernillos en que estaban las firmas de la peticion, como si fuesen unas hojas sagradas, ó como prendas sangrientas de la venganza futura del pueblo. Estos hombres no se retiraron hasta que estuvieron convencidos de que no se habia estraviado ninguno de aquellos cuadernos. Las columnas de la guardia nacional, y especialmente la caballeria, persiguieron á los fugitivos hasta los inmediatos campos de la Escuela militar, é hicieron algunos centenares de prisioneros. Por parte de la guardia nacional no hubo ninguna desgracia; el número de las victimas del pueblo nos es desconocido, los unos lo atenuaron por disminuir la odiosidad de una ejecucion sin lucha, los otros lo aumentaron para que fuese mayor el resentimiento del pueblo. Empezaba en esto á oscurecer, y se recogieron todos los cadáveres; que arrojados al Sena los llevó hácia el Océano. La opinion publica se dividió sobre la naturaleza y sobre los detalles de esta ejecucion. Los unos la tuvieron por un crimen, los otros por un deber severo, aunque triste; pero el nombre que dió el pueblo á los suce-

sos de este dia, y bajo el cual son conocidos todavia, fué el de *La matanza del campo de Marte*.

XV.

La guardia nacional, reunida de nuevo por Mr. de La Fayette, volvió á Paris triunfante, aunque triste. Descubriase en su actitud, que marchaba entre la gloria y la vergüenza, mal segura de lo mismo que habia hecho. En medio de algunas aclamaciones con que se la victoreaba al pasar, oíanse tambien fuertes imprecaciones á media voz. Las palabras de asesinato y venganza eran mas que las de civismo y adhesion á la ley. Triste y silenciosa, desfiló la guardia nacional por delante del edificio en que estaba reunida aquella asamblea que acababa de defender, y mas triste y silenciosa aun, por debajo de las ventanas de la monarquia, cuya causa acababa de sostener mas bien que la del monarca. Bailly, frio é impasible como la ley, y La Fayette, resuelto como un sistema, no habian sabido darla otro impulso que el de sus rigurosos deberes. Terminada su faccion, volvió á arrollar la bandera encarnada, manchada ya en sangre, y se dispersó, batallon por batallon, por las sombrías calles de Paris, mas bien como una gendarmeria que viene de asistir á la ejecucion de un reo que como un ejército que vuelve de obtener una victoria. Tal fué esta jornada del Campo de Marte, que dejó respirar tres meses á la Asamblea, de los que no supo aprovecharse; que intimidó por algunos dias á los clubs, pero que no volvió ni á la monarquia ni al orden público, la sangre que habia costado. La Fayette tuvo en sus manos en este dia la monarquia y la república, pero no supo apoderarse de una ni otra, ó tal vez no quiso mas que restablecer la tranquilidad.

XVI.

Bailly fué al día siguiente á la Asamblea á dar cuenta del triunfo obtenido por la ley. Manifestó el dolor que se habia apoderado de su alma, al verse obligado á obrar con la severa energia que le prescribia su deber. «La sublevacion se habia efectuado y era preciso usar de la fuerza. El merecido castigo ha caido sobre los criminales.» El presidente aprobó en nombre de la Asamblea el comportamiento del corregidor, y Barnave dió las gracias á la guardia nacional, en términos muy frios y con bastante timidez. Sus alabanzas parecian casi unas esusas, y el entusiasmo de los vencedores empezaba á disminuir.

Pétion lo conoció y se levantó para hablar sobre un proyecto de decreto que acababa de proponer contra los promovedores de asonadas. Estas palabras en boca de Pétion que se sabia era amigo de Brissot y de los demas conspiradores, fueron recibidas al principio con sarcasmo por los miembros del lado derecho, y aplaudidas por los del lado izquierdo y por las tribunas. Barnave los reconcilió. La victoria del Campo de Marte empezaba ya á ser objeto de contestaciones en la misma Asamblea. Los clubs volvieron á abrirse aquella noche, y Robespierre, Brissot, Danton, Camilo Desmoulins y Marat, que habian estado ocultos algunos días, volvieron á aparecer mas audaces que antes. La indecision de sus enemigos los tranquilizó completamente. Atacando las facciones todos los días á una ley que se contentaba con defenderse, no podian menos de lograr que aquella se cansase muy pronto. De acusados se convirtieron en acusadores, y sus hojas volantes que habian dejado de publicarse unos días, aparecian de nuevo llenas de todo el veneno que el miedo habia infiltrado en el corazon de sus autores. Estos cubrieron de execracion los nombres de Bailly y de La Fa-

yette y sembraron la venganza en el ánimo del pueblo, poniendo sin cesar ante sus ojos los sangrientos sucesos del Campo de Marte. La bandera encarnada se convirtió en simbolo del gobierno y en mortaja de la libertad. Los conspiradores se dieron á sí mismos el nombre de victimas y alarmaron el espíritu público con fingidos relatos de las mas odiosas persecuciones.

XVII.

«Ved, escribia Desmoulins, á esos satélites de La Fayette que salen furiosos de sus cuarteles, ó por mejor decir, de las tabernas, y que cargan con bala delante del pueblo. Los batallones de la aristocracia se animan con esto á la carnicería, y sobre todo, en los ojos de la caballería se distingue la sed de sangre á que la incita la doble embriaguez del vino y de la venganza. Ese ejército de verdugos se encarniza particularmente en las mugeres y los niños, y el altar de la patria está cubierto de cadáveres. La Fayette empapa sus manos en la sangre de los ciudadanos, ¡esas manos odiosas y viles que siempre que las mire me parecerá que las veo destilar gota á gota esa inmensa cantidad de sangre inocente que bárbaramente han derramado, en el mismo sitio en que se habian levantado al cielo jurando defenderla!... Desde aquel fatal momento los mejores ciudadanos se hallan proscriptos ó se les prende en sus mismos lechos, apoderándose de todos sus papeles y haciendo pedazos sus prensas, en tanto que se confeccionan cada dia nuevas listas de proscripeion. Los moderados fijan y firman estas listas. Es preciso (dicen) purgar la sociedad de los Brissot, de los Carra, de los Pétion, de los Bonneville, de los Freron, de los Danton y de los Desmoulins. ¡Danton y yo no hemos podido salvarnos de ser asesinados sino con la fuga! ¡A los

patriotas se les llama facciosos! — ¡Se encuentran hombres, (añadía Fréron) que justifican aquellos cobardes asesinatos, aquellas delaciones y aquellas confiscaciones de las prensas! Esa funesta bandera de color de sangre, ha estado ocho días colocada en los balcones de la casa de la ciudad, cual lo estaban en otro tiempo en el templo metropolitano los estandartes recogidos en el campo, en medio de los cadáveres de los enemigos!... Han llegado hasta á apoderarse de las prensas del impresor de Marat (dice en otra parte). El nombre del autor debía ser suficiente para que no se tocase á aquellas prensas. La imprenta es un objeto tan sagrado como la cuna de un recién nacido, respetada antiguamente en todos los embargos judiciales. Reina en la ciudad el silencio de los sepulcros, los sitios públicos se hallan desiertos, y en los teatros no se oyen sino los serviles aplausos dados al realismo, que triunfa allí lo mismo que ha triunfado en las calles. ¡Qué impacientes estábais vos, señor Bailly, y vos traidor La Fayette, por hacer uso de esa terrible arma de la ley marcial! No, nada podrá lavar en adelante las manchas de la sangre de vuestros hermanos que tñe vuestras fajas y vuestros uniformes! Sangre inocente que caerá gota á gota sobre vuestros corazones y que cual veneno lento deborará hasta el último de vosotros.»

En tanto que la prensa revolucionaria introducía en las almas el veneno del resentimiento, tranquilizados los clubs por la apatía de la Asamblea, y por la escrupulosa legalidad de La Fayette, sufrían de rechazo, aunque debilmente las consecuencias de la victoria del Campo de Marte. Operábase una escision en el seno de los Jacobinos, entre los miembros exaltados de esta sociedad y sus primeros fundadores Barnave, Duport y los Lameth. Esta escision habia tenido origen en la gran cuestion de la no reelegibilidad de los miembros de la Asamblea nacional, para la legislativa que muy pronto debia sucederla. Los jacobinos puros unidos á Robespierre, querian que la Asam-

blea nacional en masa abdicase, y se condenase de este modo al ostracismo político, para dejar el campo libre á otros hombres nuevos mas impregnados todavía del espíritu de la época. Los jacobinos moderados y los constitucionales, miraban esta abdicacion como un acto tan funesto para la monarquía, como perjudicial á su ambicion, porque querian apoderarse del poder que acababan de fundar. Creian que solo ellos eran capaces de moderar el movimiento que habian escitado, y querian reinar en nombre de las leyes confeccionadas por ellos mismos.

Robespierre por el contrario, conociendo su impotencia en una asamblea que se compusiese de los mismos elementos que la actual, quiso que quedasen fuera en la que nuevamente iba á formarse, sujetándose á sufrir él mismo la ley que trataba de imponer á sus colegas. Es preciso convenir, sin embargo, en que Robespierre tenia otra asamblea en la que solo se hacia oír su voz, y en la que mandaba en gefe: esta asamblea era el club de los Jacobinos. Fuese prudencia ó fuese cálculo, no se le escapaba á Robespierre, que los jacobinos dominarian en una asamblea nueva, indecisa y compuesta de hombres desconocidos la mayor parte de la nacion. Como faccioso le vastaba con que reinasen las facciones, porque con el instrumento que él se habia creado en los Jacobinos, unido á su inmensa popularidad, tenia certeza de reinar solo sobre todas las facciones.

Al verificarse los sucesos del Campo de Marte se agitaba ya esta cuestion, cuya tendencia era á la disolucion de los Jacobinos. El club de los Fuldenses, rival del anterior y compuesto en su mayoría de constitucionales y de miembros de la Asamblea, tenia una actitud mas legal y monárquica. El odio á los excesos populares y á las personas de Robespierre y Brissot, inducia á los primeros fundadores del club de los Jacobinos, á amalgamarse con los Fuldenses. Temblaban los jacobinos al consi-

derar que el imperio de las facciones huía de sus manos y que aquellas divisiones intestinas les iban debilitando cada dia mas.

«La corte es (decia Camilo Desmoulins) la que fomenta entre nosotros este cisma y la que ha inventado este infame medio de arruinar el partido popular; ella conoce muy bien á Lameth, á Duport, á Barnave y á La Fayette, y á otra porcion de los que primero figuraron en la sociedad de los Jacobinos, ¿Qué querian todos estos cortesanos, se ha preguntado entonces á si misma? Querian llegar á los primeros destinos empujados por las olas de la multitud y por el viento de la popularidad, deseosos de obtener todos los mandos, de apoderarse de los ministerios, y sobre todo de juntar mucho oro. El favor de la corte de que carecian les impedia volar en alas de su ambicion, y á falta de este quisieron bogar contra la corriente, apoderándose de los remos del pueblo. Mostremos á Barnave y á los Lameth que no volverán á ser reelegidos y que no podrán llegar á obtener ningun cargo importante sin que pasen cuatro años. Entonces se pondrán furiosos y volverán á unirse con nosotros. Yo he visto á Alejandro y á Teodoro Lameth el dia antes que Robespierre hiciese adoptar la no elegibilidad. Los Lameth, todavia eran patriotas entonces; al dia siguiente eran ya otros hombres distintos. Esto no puede sufrirse, decian, ¡es preciso marcharse de Francia! ¡Cómo! ¡Los que han hecho la Constitucion, verán impasibles que la próxima legislacion destruya una obra que tanto les ha costado! ¿Nos veremos forzados á oír desde las galerías de la Asamblea al primer tonto que se le antoje subir á la tribuna á combatir todo lo mejor que hayamos hecho sin que nosotros podamos defenderla? ¡Ah! ¡pluguiera á Dios que fuesen ellos, los que saliesen de Francia! ¿No hay motivo, para despreciar profundamente á la Asamblea y al pueblo de París, al ver que lo que causa todas estas disenciones, es el miedo de que el poder se escape

de manos de los Lameth y de La Fayette, y de que Duport y Barnave no sean reelegidos?»

Alarmado Petion, con estos síntomas de intestinas discordias habló en un sentido conciliador en la tribuna de los Jacobinos. «Estais perdidos, dijo, si los miembros de la Asamblea nos abandonan, pasándose en masa á los Fuldenses. El imperio de la opinion se os escapará, y esas innumerables sociedades, cuyo espíritu dirigis en toda la Francia, romperán el lazo que las une con vosotros. Anticipaos á los golpes de vuestros enemigos, dirigid una alocucion á las sociedades afiliadas, y tranquilizarlas en cuanto á vuestras opiniones constitucionales. Decidlas que os calumnian y que estais muy lejos de ser facciosos; decidlas tambien que lejos de querer perturbar la tranquilidad pública, no tenéis otro objeto que el de evitar todos los disturbios con que nos amenaza la fuga del rey. Decidles, finalmente, que nos atenemos sobre este particular á la influencia imponente y rápida que vamos reconquistando en la opinion pública. Respeto á la Asamblea, fidelidad á la Constitucion, decision por la libertad y por la patria: he aqui nuestros principios.»

Esta alocucion dictada por una hipocresia hija del miedo, fué adoptada y enviada á todas las sociedades del reino.

A esta medida siguió un espurgo de la sociedad de los Jacobinos, no quedando mas que el núcleo primitivo y reorganizándose en seguida por votacion pública. Petion dirigió y presidió esta operacion.

Los Fuldenses por su parte, escribieron á las sociedades patrióticas de los departamentos, y las facciones tuvieron un momento de interregno. Las sociedades departamentales no tardaron mucho, sin embargo, en pronunciarse en masa, revolucionaria y casi unánimemente en favor de los jacobinos. «Union pura y sencilla con nuestros hermanos de París.» Tal fué el grito de todos los clubs, de los cuales seiscientos, enviaron sus actas

de adhesión á los Jacobinos. Los diez y ocho restantes, se pronunciaron por los Fuldenses. Las facciones conocieron, como lo habia conocido la nacion, la necesidad que tenian de estar unidas. El cisma de la opinion quedó sofocado por el entusiasmo de la grandeza de su obra. Petion en una carta á sus comitentes dió cuenta de aquellas tentativas abortadas, de division entre los patriotas, y denunció á los disidentes con las siguientes palabras. «Tiembo por el pais. Los moderados tratan ya de reformar la Constitucion, y de volver al rey un poder apenas reconquistado todavía por el pueblo. El alma se entristece al considerar las siniestras intenciones de esos hombres. A mí empieza ya á faltarme el valor, y estoy muy próximo á abandonar el puesto en que vuestra confianza me ha colocado. ¡Oh patria mia! ¡Si tú te salvas yo exhalaré en paz mi último suspiro!»

De esta manera, hablaba Petion, que empezaba ya á ser el ídolo del pueblo. No tenia este hombre, ni la audacia, ni el talento de Robespierre, pero le llevaba la ventaja de saberse cubrir con el vergonzoso velo de la hipocresía, cuando las situaciones podian tener un doble resultado. El pueblo le tenia por honrado, y su palabra tenia sobre las masas la autoridad que da la fama bien ó mal adquirida, de ser hombre de bien.

XVIII.

La coalición que denunciaba al pueblo era cierta. Barnave estaba de acuerdo con la corte, y Malouet, miembro elocuente y habil del lado derecho, tenia inteligencias con Barnave. Estos dos hombres unidos, hoy y enemigos encarnizados ayer, habian concertado un plan de comun acuerdo, para modificar la Constitucion. Llegado era el momento de encuadernar en un solo tomo,

todas aquellas leyes dispersas votadas en medio de una revolucion que contaba treinta meses de existencia. Esperando en esta revision de las actas de la Asamblea, la parte orgánica de la que no lo era, no podia menos de suceder, que tuviesen que volverse á discutir todos ó casi todos los artículos de la Constitucion. Para corregirlos en sentido mas monárquico, era preciso aprovechar la nueva reaccion que la victoria de La Fayette habia producido. Lo que la pasion y la ira habia arrebatado de mas á las prerogativas de la corona, la razon y la reflexion podian devolvérselo. Los mismos hombres, que habian colocado el poder ejecutivo en manos de la Asamblea, confiaban ahora en arrancárselo, creyendo que nada habia imposible para su elocuencia y popularidad. Estos hombres, como todos los que han subido en alas del movimiento revolucionario, creian que les seria mucho mas fácil bajar, porque no reparaban que aquellas fuerzas de que tan enorgullecidos estaban no eran suyas propias, sino de aquella misma revolucion que les habia hecho subir á la altura en que se encontraban. Los sucesos iban á enseñarles muy pronto, que no hay fuerza suficiente contra las pasiones, cuando se ha cedido una vez á ellas. La fuerza de un hombre de Estado es su carácter, y una pequeña consideracion con las facciones, ó la concesion mas insignificante, son unos compromisos contraidos con ellas, de que no es fácil desprenderse. En cuanto uno ha consentido en servir las de instrumento, podrá llegar á ser su ídolo ó su victima: jamás conseguirá dominarlas como dueño y señor absoluto. Barnave iba á conocerlo demasiado tarde y los girondinos debian conocerlo despues. Malouet puso en conocimiento de los principales miembros del partido realistas, el plan que habia combinado con Barnave, que sustancialmente era como sigue: Malouet subiria á la tribuna, y en un discurso vehemente y razonado, atacaria todos los vicios de la Constitucion; demostraria al mis-

mo tiempo, que si la Asamblea no trataba de corregir estos vicios, antes de presentar la Constitucion, para que fuese jurada por el rey y por el pueblo, estos no jurarian sino la anarquía. Los trescientos miembros del lado derecho, debian apoyar con sus aplausos las acusaciones del orador. Entonces Barnave se levantaria aparentemente irritado, pidiendo la palabra para contestar al preopinante, y en un discurso capcioso vengaria á la Constitucion de las invectivas de Malouet, conviniendo sin embargo, en que aquella constitucion improvisada en el ardor del entusiasmo de una revolucion y bajo la influencia de azarasas circunstancias, podia tener algunas imperfecciones. Entonces debia proseguir su discurso diciendo, que la reflexion y la sabiduria de la Asamblea, podian remediar aquellos pequeños defectos, antes de separarse, y que entre otras mejoras de que aquella obra era susceptible, podrian retocarse dos ó tres artículos, en que las atribuciones de los poderes ejecutivo y legislativo no estaban bien definidas, concluyendo con que esto podia hacerse de suerte, que se restituyese al poder ejecutivo la independencía y accion indispensables á su existencia. Los amigos de Barnave, de Lameth y de Dupont, y todos los demas miembros del lado izquierdo menos Robespierre, Petion, Buzot y los republicanos apoyarian estrepitosamente este discurso, y en seguida se nombraria una comision especial para revisar los artículos en cuestion. Esta comision terminaria su trabajo antes que finalizase aquella legislatura y los trescientos votos de Malouet unidos á los constitucionales que seguian á Barnave, constituirian una mayoría inmensa en favor de aquellas enmiendas que habian de restaurar la monarquía.

XIX.

Los miembros del lado derecho se negaron unánimemente á apoyar este plan. «Corregir la Constitucion seria sancionar la revolucion. Unirse á los facciosos seria convertirse en facciosos. Restaurar la monarquía por mediacion de Barnave seria degradar al rey, hasta el estremo de hacerle estar reconocido á un faccioso. Sus esperanzas no eran tan insignificantes que no le quedase otro remedio á su partido que el de aceptar aquel ridiculo papel que le habian repartido en una comedia de revolucionarios asustados. Tampoco fundaban sus esperanzas en que el mal se remediase; al contrario, deseaban que se empeorase porque el mismo desórden volveria á traer el órden. El rey estaba en las Tullerías, pero la monarquía no estaba allí, estaba en Coblentza y sobre todos los tronos de Europa. Las monarquías eran solidarias y ellas sabrian restaurar el trono en Francia sin necesidad de ponerse de acuerdo con los que le habian derribado.»

Asi discurrían los miembros del lado derecho. Las pasiones y los resentimientos personales cerraban sus oídos á los sanos consejos de la moderacion y de la prudencia, y la monarquía caminaba á una inevitable catástrofe, empujada sistemáticamente tanto por sus enemigos como por sus mismos amigos. El plan abortó como era consiguiente. En tanto que el rey prisionero mantenía dobles y secretas inteligencias, ya con sus hermanos emigrados para enterarse de lo que podria prometerse de la energía de las potencias estrangeras, ya con Barnave para intentar atraer á su partido á la Asamblea, esta iba perdiendo su antiguo ascendiente, y el espíritu de la revolucion desertando de aquel recinto en que nada tenia que esperar, iba á animar los clubs y las municipalidades